

## EL SECRETO DE ZAMA

La taberna del campamento está llena de legionarios. Para muchos de ellos, jóvenes casi imberbes que apenas habían salido de sus pueblos de origen, la tensión de la inminente batalla es imposible de superar en soledad. Necesitan la compañía de otros soldados en su misma situación o de veteranos que, con su sola presencia, les demuestren que no todo está perdido, que hay posibilidad de sobrevivir.

Sentados en un rincón alrededor de una tosca mesa de madera, dos de esos jóvenes legionarios escuchan admirados las historias de un veterano de las guerras contra Aníbal cerca de Roma.

—Para sobrevivir tenéis que estar muy atentos. Un solo despiste y no lo contaréis. Estos salvajes africanos harán lo posible por distraeros. Algunos de ellos pelean completamente desnudos.

—¿Y los elefantes? —pregunta el más joven de los que le escuchan. Su nombre es Marco y la batalla de los próximos días va a ser su primera acción de guerra.

—Los elefantes son terribles. Unas bestias enormes que llevan sobre ellos un puñado de soldados. No sé de cuántos de ellos dispondrá Aníbal aquí en África. Por suerte, en Cannas ya tenían pocos, y aun así...

—¿Son tan grandes como dicen? —pregunta ahora su amigo.

—Son gigantescos. Mucho más grandes de lo que puedas imaginar. Cuando los ves venir hacia ti, rápidos como no lo puede ser ningún humano, sientes que Júpiter ha desatado toda su rabia y nada puede pararlos y...

Un recién llegado interrumpe al veterano. Le pone la mano en el hombro con decisión y mira a los dos jóvenes con una sonrisa pícaro:

—No hagáis caso a este borracho. Lo más cerca que estuvo de Cannas fue en sus sueños.

—¿Cómo te atreves? ¿Por qué dices eso? —el veterano se intenta levantar, pero el recién llegado se lo impide bajando el brazo con gesto firme.

—Porque en Cannas no hubo ningún elefante. Las pobres bestias apenas resistieron el viaje y mucho menos el paso por los Alpes.

El veterano intenta protestar, pero el recién llegado es un hombre corpulento y más joven, y él un soldado que sabe cuáles son las batallas que no hay que pelear.

—Yo os contaré cómo son los elefantes —continúa hablando el nuevo comensal mientras se sienta con ellos en un burdo taburete. —Yo los vi con

mis propios ojos cuando estuve en el sitio de Sagunto, y os aseguro que no es algo que se me vaya a olvidar.

Los jóvenes soldados apenas pueden hablar. Ya estaban bastante preocupados ante la inminente batalla que se avecina, pero los terribles animales son quizá su peor pesadilla. Mucho han oído hablar de ellos, y casi siempre en términos similares: bestias venidas del averno, salvajes animales con colmillos gigantescos, indomables seres capaces de arrasar una legión entera... Nada tranquilizador.

El hombre continúa:

—Una vez que una de esas bestias embiste, no hay escapatoria. Nada los detiene. No hay construcción humana que pueda con ellos. Son una fuerza de la naturaleza imparable. Mucho más rápidos de lo que pudiera pensarse, no hay forma de detenerlos una vez que están en carrera.

—¿Y con un pilum? ¿No se le puede matar con un pilum? —pregunta nervioso uno de los jóvenes legionarios.

—Los he visto rebotar en la piel de esos animales. Es verdad que al final los elefantes acaban cayendo, pero hay que lanzar decenas de ellos para que hagan efecto. Y, para entonces, también son decenas los legionarios que han muerto pisoteados.

—¿Y si esos legionarios lanzaran sus armas a la vez? —pregunta ahora Marco con interés.

El recién llegado se ríe de buena gana. Da un sorbo a su vaso de vino, se limpia con el reverso de la mano y continúa:

—No estás entendiendo nada. Cuando una de esas bestias entra en el campo de batalla, empieza el caos. Creo que ni siquiera los soldados que van encima son capaces de controlarlo. Arrasa todo lo que se encuentra en su camino, y uno nunca sabe hacia dónde se van a dirigir. Solo puedes rezar a los dioses para que no decida dirigirse hacia donde tú te encuentres.

Los dos jóvenes legionarios callan por completo, pero por distintas razones. Mientras el mayor de ellos es incapaz de articular palabra porque el miedo le ha invadido todo el cuerpo, Marco permanece pensativo. No dice nada porque una idea le da vueltas a la cabeza y no termina de encajarla.

—Y esos elefantes, —pregunta al fin—, ¿no se lanzan nunca contra sus propias tropas? Como dices que son imposibles de controlar...

El veterano duda unos instantes. Parece como si sus recuerdos se hicieran presentes y tuviera ante sus ojos lo sucedido en Sagunto. Mueve la cabeza, pensativo, y al final responde:

—Nunca vi ninguno hacer tal cosa. Supongo que el ruido de la batalla los asusta tanto que no pueden hacer nada más que huir. Las pocas veces que los vi disminuir su velocidad fue por el efecto de nuestras armas. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada, simple curiosidad, nada más. No tiene importancia.

En ese momento interrumpe la conversación un centurión que ha escuchado la conversación desde la distancia. Mira fijamente al legionario e insiste:

—Yo creo que sí la tiene. ¿Por qué lo preguntas?

Los soldados callan intimidados por la intervención del superior. No están acostumbrados a que un centurión los preste atención, y mucho menos a que les haga una pregunta. Pero Marco sabe el porqué de ese interés, así que responde con confianza:

—Se me estaba ocurriendo que tal vez podría aprovecharse ese impulso para derrotarlos. No sé si para lanzarlos contra los cartagineses, pero sí para que no supongan tanto peligro.

—Continúa —ordena el centurión.

—Si en lugar de hacerles frente, simplemente los dejamos pasar, no tendrán forma de dominarlos. Solo tenemos que abrir nuestras líneas y asustarlos a medida que pasen para que continúen corriendo. Y, entre tanto, arrojarles lanzas desde los costados.

El centurión no contesta. Permanece pensativo unos instantes, mirando con curiosidad y cierta admiración al joven legionario. Después le ordena:

—Recoge tus cosas y vente conmigo.

—¿Adónde vamos? —se atreve a preguntar Marco.

—A la tienda del mismísimo Publio Cornelio Escipión. Creo que le va a interesar mucho tu idea.